

“ESCUCHAR UN MUNDO”

Entrevista a Lucio Gera sobre el problema del método de diálogo interdisciplinario entre Teología y Literatura*

RESUMEN

Los autores vuelven sobre la pregunta acerca del diálogo interdisciplinario entre Teología y Literatura mediante una entrevista a Lucio Gera, quien ha dado un significativo impulso a esta búsqueda metódica en nuestro ámbito. En esta oportunidad, se asumen aspectos biográficos del entrevistado, relativos al método interdisciplinario, de diálogo teológico con los clásicos y el teatro, sobre el lugar de la literatura en la teología y otros temas que abren las reflexiones hacia nuevas orillas en estas latitudes.

Palabras clave: Lucio Gera, Literatura y Teología, interdisciplina, método.

ABSTRACT

The authors return once again to the question about the interdisciplinary dialogue between theology and literature through an interview with Lucio Gera, who has given a significant impulse to this particular research. In this opportunity, biographical aspects relating to the interdisciplinary method of theological dialogue with the classics and theater and the place of literature in theology are examined. These questions open the horizons to new ideas along these latitudes.

Key Words: Lucio Gera, Literature and Theology, Theological Method, Interdisciplinary Dialogue.

* Esta entrevista fue realizada en Buenos Aires, el 6 de Noviembre de 2008. Los entrevistadores pertenecen al *Seminario Interdisciplinario Permanente de Literatura, Estética y Teología* del Instituto de Investigaciones Teológicas de la Facultad de Teología y a la Comisión Directiva (por el período 2008-2010) de la *Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología*.

1. La confluencia de teología y literatura en el curso de la vida de Lucio Gera

Entrevistadores: ¿Cómo fue en su vida el encuentro entre teología y literatura?

Lucio Gera: En mi tiempo de estudiante pude entrar en contacto con grandes obras literarias, además de la teología que estudiábamos en el Seminario. Más allá del esfuerzo de algunos teólogos, como por ejemplo Guardini con Dostoievski, no había una pregunta respecto del método de diálogo entre teología y literatura. Se leía la literatura profana para ver si había errores. El gran índice de este modo de leer era la lista de libros prohibidos. Y, de hecho, esa manía se introducía en todo teólogo que leyera algo literario. Y esa fue mi forma de leer hasta mi juventud. Pero después cuando les propuse profundizar en la lectura de la literatura, buscaba otra cosa. ¿Qué era? No sabía contestarlo bien. Luego me enfermé y tuve que apartarme porque me enfermé, pero me quedó ese interrogante. Claro, detrás del método siempre hay otra cosa, la pregunta por los aportes, que da una literatura a una teología y qué da una teología a una literatura. Detrás del método hay interrogantes de ese tipo.

E: ¿Y qué hay?

LG: ¡Eso es lo que yo les pregunto a ustedes!

E: ¡Y nosotros que veníamos a aprender...!

LG: Bueno, a lo mejor aprendemos preguntas, que no sería poco.

E: Pero usted confiesa que, como teólogo, la literatura algo le dio. En uno de sus textos, comenta que la lectura de Dostoievski lo condujo a la teología.

LG: Sí. Porque me apasionó el diálogo de uno de los hermanos Karamazov –no recuerdo su nombre– porque era como pensar la vida desde un horizonte teológico, cosa que en aquel tiempo estaba en el estilo ruso, en donde las discusiones en el café, eran sobre temas religiosos, de arte religioso; en la vida, el tema de la fe era un elemento que hacía discutir temas de la vida común, de la historia de vida de los hombres. Y, sobre todo, me generó entusiasmo. Yo en ese momento estaba en segundo o tercero de teología, me faltaban uno o dos años para acabar y me dio un gran entusiasmo por la teología, aunque no prevía que tuviera una vocación de profesor o un camino de docencia, porque en mi tiempo no teníamos esa perspectiva, el clero no enseñaba. Entonces fue la literatura la que me

permitió acceder a un registro teológico con el cual salir a la parroquia y continuar el diálogo con la teología, a partir de la lectura de la poca literatura que teníamos entonces. Piensen que yo estudié durante la guerra y acá no llegaba ningún libro, que durante toda mi teología no leí ni un teólogo europeo, ni Barth, ni Rahner. Así que esa gente viene después, ya con el Concilio, pero nuestra formación en ese sentido era muy poca.

La literatura la aprendí porque en mis estudios secundarios me había encantado, entonces se me juntaron los dos gustos o pequeñas pasiones que tenía, la literatura y la teología.

Cuando me ordeno en 1950 aparece una cierta novelística que trae como personaje al sacerdote o al que se interroga sobre la fe, y me alimentó esa inquietud por conjugar la cosa teológica con la novela, la literatura. Pero nunca me puse a pensarlo en serio; ¿Qué es un diálogo literatura-teología? Esa terminología es de ustedes, de las nuevas generaciones. Porque el tema interdisciplinario yo no lo conocía.

2. La pregunta por el método interdisciplinario

E: De hecho, la pregunta por la relación entre las ciencias aparece tardíamente también.

LG: Aparece entre las ciencias y es un tema, un horizonte más bien actual, no de mi época de estudio, cuando las ciencias eran muy acartonadas. Yo escucho entonces de ustedes esta temática de lo interdisciplinar. Y, justamente, en la UCA, que al ser una universidad tiene que plantearse el tema de la relación entre facultades, entre estudios. Porque si no, no hay universidad; si no hay interdisciplinariedad no hay universidad; serán muchas facultades una al lado de otra, pero no una universidad. Al menos la idea de universidad medieval era otra: meter todas las disciplinas en una unidad que no es sólo de edificios, sino de pensamiento. Juegan todas estas cosas: la relación entre las ciencias, que justo sea una universidad, una unidad. Pensar que las ciencias constituyen una unidad no es pensar solamente en una lista donde se suman una a otra.

Y acá entramos en el tema porque vos, Cecilia, entraste en teología y planteaste la preocupación por literatura y teología. Y a mí me tomó en serio. Yo no sabía por dónde ir y simplemente era tratar de ensayar; leíamos algo alguna vez para ver por dónde iba uno, por dónde iba otro, captando

tendencias personales para ver si encontraba uno el camino metodológico para esto. Pero bueno, yo después me enfermé y ya dejé todo, prácticamente abandoné la teología al menos como práctica, aunque no como vocación. Pero a raíz de que vos el año pasado me pedías una palabra para inaugurar las *Terceras Jornadas: Diálogos Literatura, Estética y Teología, "Lenguajes de Dios para el siglo XXI"* (octubre 2007), yo me di cuenta que estaba, en cuanto a los tiempos, muy atrasado. Había caminado con vos, con ustedes, pero no había recorrido el camino de González de Cardedal. De modo que no estaba preparado para poder hacer una reflexión y colocarla junto a la de él o ustedes: era obviamente ridículo. Además, por aquellos tiempos me tuve que internar y ya no pudimos hacerlo. Sin embargo, me quedó el interrogante y a veces intenté alguna cosita.

E: Sin embargo, se pensó algo acerca de la vinculación de teología y literatura en relación con el Concilio y con Puebla. ¿Qué pensó?

LG: Pensé algo a partir de un tema que te escuché o que escribiste. ¿Cómo hablar de Dios hoy? Y recordé que unos años antes, en el '79 cuando fue Puebla, se había dado un debate entre dos facciones, los partidarios de los pobres o los no partidarios; la teología de la liberación o el no a la liberación. Era una tensión no tan fuerte como en Medellín, pero estaba en el ambiente. Entre otras cosas, los más ortodoxos decían a los liberacionistas que estaban con los pobres: "a los pobres no hay que hablarles de liberación, hay que hablarles de Dios". La respuesta de los partidarios de la liberación era, "¿cómo le hablamos de Dios al pobre?". Y de ahí sale un poco esa temática; desde dónde hacer teología. Porque uno hace teología entonces; sobre todo si estás en pastoral, hacés teología en el sentido de que aleccionás, hablás a un destinatario, no la hacés solo. Ya tenés la obligación de hablarle a alguien, tenés un horizonte de referencia. Tenés un público que son mujeres, como tiene Virginia Azcuy, o tenés un público que son los pobres. Entonces tenés que ver cómo le hablo de Dios a éste. Metodológicamente entra un elemento de importancia que es el destinatario. Y cómo me adapto yo al destinatario; cómo me hago pobre, para ver cómo me hablaría a mí mismo, y adaptarme. Y esto se debe indudablemente a que en un momento dado la teología que se hacía sin referencia a la pastoral y a la predicación desarrolla su vocación pastoral. La teología no es sólo para saber nosotros o para hablarle a quien estudió teología y sabe, sino que es para decirle a la gente algo sobre Dios. Nos encontramos con destinatarios que no son sólo alumnos de teología y que son los pobres, o la gente de la calle, o nos encontramos con los que ma-

nejan la cultura, en el caso de ustedes con la literatura. Sobre todo nos encontramos con el poeta.

Yo recuerdo que el primer contacto se dio mientras estudiaba teología. Siendo estudiante leí a Dostoievski y apenas ordenado también: al tratarse de un tipo de novela con protagonistas religiosos, eso me hacía pensar.

Todo esto yo lo tenía como trozos de interrogantes, no en estado estudiado. Después vino esto del diálogo con la literatura ya con vos, Cecilia, que fuiste más conciente de esta temática interdisciplinar. Yo empecé el ciclo pero lo continuás vos. Pero a raíz de que ustedes siguen, yo me quedo pensando.

A mí la pregunta que me entró fue ¿desde dónde hacemos teología, a quién, para quién hablo? La teología no es solamente pensar, sino hablar a alguien. Entonces tengo que saber quién es mi destinatario. Aprender el catecismo para bautizarte no es solamente aprender la fe. La fe tiene una dimensión testimonial, la tenés que decir a alguien de alguna manera. Yo pienso desde la teología y recuperé la convicción de que la evangelización no es solamente el primer anuncio de Cristo. La teología es una forma de evangelizar, por lo tanto, es testimonial y tiene que encontrar un lenguaje adaptado a su mundo.

El diálogo que establece la teología podría ser con las ciencias, como muy bien lo plantea Lucio Florio con las ciencias duras, que evidentemente tienen medidas muy fijas. La ciencia tiene sus límites y hay una buena tarea en esa comparación ciencia-Biblia, en donde se relee la Biblia no con la mentalidad del tiempo en que la escribieron sino con la mentalidad científica de esta época. Hay todo un aporte ahí de la ciencia a la teología, evidentemente.

Y teología y literatura, ¿qué es? ¿Estudiar a un literato y decir: “¡ah, que católico es!”? No, evidentemente. Si eso se dice es un elemento entre otros. El diálogo no consiste en que el teólogo juzga la fe o la moral de quien escribe literatura, o del argumento que está en la obra.

¿Qué más es? Es para el teólogo escuchar un mundo al cual le tiene que decir algo, al cual le tiene que hablar. Hay que escuchar un mundo, una cultura, un movimiento de la cultura. Así como al pobre, así como a las reivindicaciones sociales, hay que escuchar el movimiento del mundo. Quien dio la metodología para eso yo creo que fue *Gaudium et Spes*, no planteándolo como diálogo con la literatura pero sí planteándolo como un diálogo de la teología con el mundo actual. Punto clave de la *Gaudium*

et Spes es el tema actual, no el mundo en general sino el mundo actual y la pregunta es cómo le hablamos de Dios al mundo actual. El estilo que tenían los teólogos normalmente era: “bueno, les decimos los dogmas de fe”. Pero eso era como caer desde las alturas dogmáticas sobre un mundo al que le cuesta encontrar a Dios, o que no lo ve por ningún lado, y decirle de una fórmula dogmática: “hay un Dios, y es trino, etc.”. Algo semejante es lo que hacíamos con la Doctrina Social de la Iglesia; era como lanzarse desde una altura dogmática –el principio del bien común, etc.– sobre un mundo en el que una nación le roba a otra, y esas cosas. Le hablaba a un mundo que no conocía mucho. La teología debería dejar hablar al mundo de hoy. Por eso tiene que aplicar esa fórmula: “escuchar la voz del tiempo” que se traduce en el lema de mirar los signos del tiempo. Pero no son sólo signos, es su voz. Algo que nos dice sobre Dios. También en el mundo, en la historia, nos viene la voz de Dios. Algo nos dice o nos recuerda algo que sabemos y está en la Escritura. Dónde leemos, dónde escuchamos lo que nos dice el mundo de hoy, el que no cree, el que cree, el que cree a medias. Y es en el mundo de la cultura de hoy donde escuchamos todo eso.

Para *Gaudium et Spes*, las disciplinas no teológicas que tenían la delantera eran las ciencias sociales. En la pastoral había entrado el análisis de la sociología. Todo el primer texto de *Gaudium et Spes* es característico de un sociólogo. Cuando vamos a Medellín y hay que recoger el Concilio, el que presenta el tema de los signos de los tiempos es un sociólogo. Se lograba hacer un cierto diálogo entre teología y ciencias sociales, respetando el método de las ciencias sociales.

Ahora, ¿se puede trasladar eso a literatura, que no es ciencia social, que no tiene siquiera el mínimo rigor metodológico de las ciencias sociales?

E: Ahí nosotros nos encontramos con un problema porque percibimos que es un diálogo asimétrico. No es la fe que dialoga con la literatura sino la teología que es una ciencia que dialoga o con la literatura o con la ciencia literaria –donde sí hay método. Pero en realidad no sabemos si el interés está en dialogar con la crítica literaria, sino más bien con la literatura. ¿Cómo combinar estas variables?

LG: Yo creo que el diálogo es con todo. La fe, la teología, la literatura y la crítica literaria –lo que podría ser una toma de conciencia más científica para la literatura o para la poesía– pero es con todo. Evidentemente, el diálogo más inmediato será con el señor que hizo este poema o escribió esta novela.

E: Ese es el camino que hizo Olegario González de Cardedal al dialogar con el texto y con los autores.

LG: Los escuchamos para ver qué dice el hombre de sí mismo y qué nos dice.

3. El diálogo de la teología con los clásicos y con el teatro. En busca del estilo

E: ¿Pero cómo hacemos con los clásicos, por ejemplo?

LG: Lean el hermoso ensayo de Guardini sobre Dostoievski, que era un autor antiguo y cuya obra, sin embargo, es un índice de un mundo que cambia. Tanto que Ratzinger –creo– compara a Dostoievski con Nietzsche. Hay que dialogar con el filósofo, evidentemente, pero hoy mucha filosofía se hace a través de la literatura, de la novela. Para la teología podría haber una preferencia en el teatro. El teatro es interesante porque plantea el tema del teatro del mundo. Yo fui formado en el teatro de Calderón, de Lope de Vega y uno ahí captó el problema del hombre. Es cierto que se movían en un mundo cristiano, sabían el catecismo; pero más allá de eso, es importante recoger obras como *Fuenteovejuna*, *La vida es sueño*. Para un teólogo no son piezas ante las que pueda pasar así nomás, indiferente.

Una vez leí algo sobre *La Divina Comedia*. Evidentemente para el teólogo, *La Divina Comedia*, que es una obra literaria, despliega un mundo, ya desde la simbología misma. Es un juicio sobre la historia. Uno se encuentra con los personajes de la historia y Dante los somete a juicio y lo hace desde el Paraíso o desde el Purgatorio. Hace una teología en ese estilo, mira la historia, desde un horizonte escatológico. Creo que es interesante. Pero más allá de las grandes obras teológicas, me parece interesante un diálogo, y que los teólogos lean en cuanto teólogos ciertas obras literarias que no pueden pasar por alto. A Cervantes yo lo leí dos o tres veces, me parece que uno no puede pasar por alto eso, es decir, cómo el hombre ha ido expresando su propia vida a través de la poesía, la novela, el teatro.

La teología debe saber que metodológicamente tiene que plantearse esto: ¿dónde aprendo yo qué es el hombre? Y la literatura es un lugar típico. También lo podría aprender en la calle o yendo a visitar a los pobres. Pero me parece que para quien estudia teología en la literatura hay

un horizonte más amplio que en la matemática. Para dialogar con la física tenemos que pegar un salto sobre el planteo del origen del mundo y todo eso, y entonces va a quedar un poco encajonado en un tema en particular –la creación, etc.–.

Yo creo que una novela, que no es ni la física ni la astronomía, ofrece una imagen sobre la vida del hombre importante y mucho más amplia, más rica. Hay gente que no es teólogo pero ha expresado su fe en forma de poesía.

E: ¿Y no advierte que la literatura se puede sentir instrumentalizada por la teología? Como si la teología fuera a la literatura para buscar elementos para pensar.

LG: Si va a buscar elementos para pensar es demasiado utilitaria. Si va a escuchar al hombre para ver cómo hablar con él, hay una diferencia. No va a buscar elementos parciales, aunque los va a encontrar. Va a buscar la figura del hombre. Sobre todo, evidentemente ante cuestiones muy importantes. Si yo como teólogo leo poesía o novela, el teólogo tiene en el horizonte cuál es el sentido de la vida, que es la manera de preguntarse por la muerte. El Concilio Vaticano II es el primer concilio que habla sobre la muerte. Yo estudié antropología, escatología, y nunca me hablaron de la muerte. Para los que pasamos los 80 años es un tema importante. A quién amo, por qué perdí a este que amé tanto. La falta de sentido puede venir de varios lados, sobre todo del lado de que perdés la vida o perdés tu afecto. Yo diría que hay que acercarse no instrumentando.

Tampoco el literato va a ir al catecismo para instrumentar, aunque puede ir al catecismo para ver cómo expresar algo para lo cual no encuentra el lenguaje.

4. Las dos direcciones del diálogo

E: A lo mejor desde la literatura no tenga que ser solamente ir al catecismo sino acudir a la experiencia de la fe, que es lo que luego se expresa en el relato, en el poema, en el drama de los personajes. Habría un primer nivel que es el del discurso teológico, y otro nivel sería el de la experiencia de la fe que puede adquirir distintas formas.

LG: Lo que a un teólogo que lee literatura le interesaría saber, sobre todo, no es tanto el discurso de fe; por ejemplo, el teólogo que va a un li-

bro para ver cómo va a predicar el domingo, eso sería un pequeño capítulo, sino buscar el drama de la vida, el dramatismo de las cosas, tal como el mismo hombre lo expresa. Yo creo que el hombre se caracteriza por ser el único animal capaz de hacerse preguntas, y preguntas definitorias. Definitorias no son las que dan definición de las cosas, sino las que son sobre el fin, lo que define. Hay culturas que acallan el preguntar. El laicismo nos viene muy bien, hay algo muy positivo, no obstante en el fondo esquivamos preguntarse cosas profundas. Hace bien en pedir que la sociedad sea laica, que la Iglesia no se meta donde no debe; todo eso no está mal. Pero a su vez el laicismo va cayendo sin querer en un ateísmo, un “de eso no se habla”; el hacer silencio sobre las grandes preguntas. Eso es bueno que el teólogo lo capte no sólo porque leyó en el tratado de Dios qué es ser ateo o agnóstico, sino porque lo capta en la vida, en la parroquia o en la gente o porque lee una novela donde está el modo como el hombre de hoy vive, se siente vivir y se pregunta. Creo que es un poco captar el tiempo, el hombre en este tiempo. Podría ser también leer a un clásico, por ejemplo, a Virgilio, y captar lo que es el hombre de esa cultura, que me sirve para comparar con ésta, no porque yo tenga que hablarle de Dios a Virgilio, pero me sirve para comparar con esta cultura en la que no es en Virgilio, sino que será en otros donde se exprese una diversidad de culturas distintas que me interesa constatar.

E: En esta línea, ¿qué le aportaría la teología a la literatura?

LG: Le podría aportar seriedad y preguntas profundas, invitar al hombre a hacerse preguntas claves. Un Salmo le debe decir algo a un poeta; ese paralelismo que hizo entre salmo y poesía nuestro Atahualpa, es interesante como él capta algo del Salmo y cómo el Salmo dice algo de Atahualpa. Esto se mostró muy bien en un libro en el que se señala cómo la literatura le habla de Dios en la forma de un salmo.

5. A la búsqueda del método

E: Nuestro problema en realidad es metodológico, ése es el problema con el que estamos enfrentándonos ahora. De hecho, vamos a hacer una comisión dentro del Seminario para estudiar la cuestión del método. Lo que pasa es que se produce cierta resistencia a veces, porque es una cuestión árida y en general a los sujetos que vienen al seminario les gusta disfrutar la literatura, por eso este tema tiene pocos adherentes. Hay un

entusiasmo inicial por el diálogo pero al andar camino comienzan las diferencias y las dificultades: dónde nos paramos –si desde la literatura o desde la teología –cuál es el método sustentable y comunicable para este tipo de diálogo. Pero el entusiasmo está en la base de esta búsqueda. Hasta ahí llegamos.

LG: Básicamente es un método dialogal. Hay que partir de ahí, de la mutua escucha.

E: ¿Y por qué a los hombres de letras les gustaría dialogar con nosotros?

LG: Si es que les interesa. Y si no les interesa, no dialogan. Habrá alguien a quien le pueda interesar. A algún poeta o literato le podría interesar. A Francisco Luis Bernárdez le hubiera interesado, por ejemplo. Además yo creo que un literato que se meta en una cierta profundidad... creo que a Sábato le podría haber interesado. Si es literato y su gran tema es ser hombre –a menos que haga fábulas, pero aún cuando hace fábulas está hablando del hombre– creo que le puede interesar el diálogo con las religiones, con cualquier religión.

Yo estoy leyendo otra vez el Corán, me interesa escuchar ese mundo, no sólo porque ahora se pelean sino porque es todo un mundo del hombre que usa mucho nuestro lenguaje, y en el mundo islámico hay gente que a lo mejor no es religiosa pero que sabe dialogar con su fuente literaria que es, sobre todo, el Corán.

E: ¿Qué supone una actitud dialogante? Referida al diálogo literatura y teología, y quizás también en una instancia previa.

LG: A mí, teólogo, me puede hablar de Dios no solamente la Biblia, sino también un poeta. No es que la poesía sea revelación, en sentido estricto, pero me habla de Dios. Como tampoco es una revelación el tipo que viene a confesarse, pero él me presenta su vida de tal modo que yo tengo que decir: “sí, acá está la mano de Dios, a este tipo lo tocó algo”, y aprendo algo. Tu pregunta es qué supone el diálogo. De parte del teólogo, escuchar al poeta y recibir lo que el poeta le dice, sea acorde o discordante con el sentir del teólogo. Puede ser discutir, pero en un diálogo la discusión no es una pelea de vida o muerte; es como el debate de dos amigos en un café, donde pueden discutir algo pero no se rompe la amistad, no se rompe un hilo de comunicación. Diálogo es escuchar, preguntar. El teólogo tiene que escuchar más allá de la Biblia y más allá de los concilios y más allá de la predicación habitual, escuchar lo que le dice el mundo,

ese mundo que le dice “soy ateo” o le dice “no sé si creo en Dios”, o ese mundo que le dice “creo en Dios pero no creo en tal y cual cosa”. Ese mundo que no sabe por qué tiene que morir, por qué el final, por qué la vida, por qué el varón, por qué la mujer –cuya misión no radica sólo en tener hijos, aunque eso sea de primera importancia –por qué la amistad, por qué uno sale y queda encantado ante la pequeña florcita, la pequeña margarita y uno se pregunta “¿cómo Dios se gastó en esto?”. Me parece que una cierta sensibilidad franciscana, de admirar a Dios en lo cotidiano ayuda a establecer el diálogo.

E: Ahora, ¿cómo pasamos de esta experiencia a una elaboración académica? Porque en este punto hay coincidencia plena, pero el problema que se nos suscita a nosotros, de un tiempo a esta parte, es cómo convertir esta experiencia –concreta, plena, de apertura de la sensibilidad, suscitada por el encuentro con la literatura– en lenguaje de la teología. ¿Cómo *el logos* de la imagen, el *logos* estético ingresa a la teología? ¿Cómo hace para ingresar al mundo conceptual de la teología?

LG: El teólogo tendrá que buscar expresarse en forma literaria, expresarse en forma de poesía o de novela.

E: Sí, pero eso es muy particular, no todo teólogo tendrá disposición para hacer eso.

LG: Tampoco todo el mundo es literato.

6. El lugar de la literatura en la teología

E: Pero si el teólogo escribe en forma de poesía o de novela, ¿eso es teología?

LG: Y, ahí hay que hablar de los lugares teológicos. Están los lugares teológicos clásicos donde sabemos que ahí hay revelación –la Biblia, etc.– y hay lugares teológicos en el sentido de que transmiten una fe aunque no sean infalibles, se mezcla a lo mejor una cosa con otra, pero allí podés aprender algo. Uno aprendió teología en los libros, y al leer algo de literatura uno a lo mejor no aprende nada nuevo, ya lo sabe, pero lo recoge, lo recibe de una manera total. Juega mucho en esta recepción no solamente la captación intelectual sino afectiva de un teólogo de una poesía. Y es muy importante la captación afectiva porque es la que hace de la teología una sabiduría. Tenés un contacto afectivo con aquello que estudias-

te, pero que esta poesía te permite tocarlo afectivamente de otra manera. Una forma puede ser la literatura, otra la escucha de la gente.

Yo aprendí en el catecismo que mediante el bautismo un niño es hecho hijo de Dios. Eso yo lo estudié en teología, ustedes también, está en el catecismo. Una vez estaba en una villa adonde iba a veces a celebrar misa; una señora soltera había tenido un hijo y las vecinas la cargaban: “tu hijo no tiene padre”. Para el mundo de la villa que le digan a uno que el hijo no tiene padre es muy ofensivo. Esto a la mujer le hacía mal, la amargaba que las vecinas le tomaran el pelo con que el chico no tenía padre. Lo llevó a bautizar, y apenas se terminó de bautizar les decía a las vecinas: “y ahora, no me van a decir que no tiene padre”, se dio media vuelta y se mandó a mudar. ¡Eso es un gesto tan expresivo para esta mujer! Yo ahí me di cuenta lo que podía significar decirle a una madre, “mirá, tu hijo está al amparo de Dios”. Pero eso uno lo ve en la vida. Y la literatura es capaz de traducir la vida. Eso es lo bueno del arte y de la literatura; la capacidad de transmitir afectivamente el acontecer de la vida humana, que a los teólogos les tiene que hacer bien a la fuerza, se tienen que impregnar un poquito de lo que es el andar humano afectivamente, dramáticamente. ¿Por qué les ponen estas calificaciones ustedes, “dramático”, “trágico”, “lírico”? Porque esas son formas de vivir la vida, dramáticamente, trágicamente, líricamente. De modo que no son sólo estilos literarios, son experiencias de la vida.

E: ¿Y cómo ves la compatibilidad de la experiencia del diálogo literatura y teología con la experiencia del trabajo pastoral con los más pobres? Porque yo no sé si en otros lugares se suscita lo mismo, pero acá en Buenos Aires hay como un prejuicio, sobre todo del clero, de que quien lee literatura está en su mundo, desvinculado de la realidad, no se ocupa de los pobres.

LG: Sí, yo veo que hoy en día en el Seminario se corre esto de “no estudiés, acá lo que interesa es la pastoral”, por lo tanto entra también la teología. A veces el intelectual da motivos para ser rechazado, así como el pastoral da motivos para decir... bueno, “es un burrito que camina”. Esas figuras tan unilaterales no son buenas; siempre va a existir esa tensión. Yo no me puedo poner de ejemplo. Traté de asumir con interés y cariño lo que la vida me iba trayendo. A mí me tocó estudiar; me mandaron a estudiar a Europa, luego enseñar, pero también me había tocado ir a parroquia y yo estuve en parroquias del barrio sur en ese tiempo y en el Pilar, y durante un tiempo ayudé en la villa. Yo creo que *más bien hay que su-*

mar y no restar, y recoger el hombre donde sea. Hay una inclinación al mundo pobre porque el amor cristiano lleva hacia los más desamparados. Eso no significa que todos se dediquen a la villa ni nada de eso. Hay también inclinaciones, vocaciones pastorales a una cosa o a otra. Lo que nos va a salvar no va a ser la monotonía pastoral –todos a la villa, todos a estudiar–, sino que va a ser un movimiento de dispersión entre distintas áreas lo que dé una experiencia que tendría que ser compartida entre todos, que ayudaría a recoger la riqueza de los lugares donde uno está. Siempre va a haber un poco de esas tensiones; cada uno cree que está en el lugar mejor. Yo en eso he sido siempre amplio. Hay curitas a los que les he dicho claramente “andá a la villa”, otros a los que les dije “ni se te ocurra, vos no aguantás dos años en la villa”. A otros les dije “hacé tu doctorado, andá a la universidad”. Porque la cuestión no es cortar o suprimir, sino cómo se recogen posibilidades que enriquecen. Pero los argentinos, los porteños, somos muy grupistas, muy “soy de este grupo y no soy de este otro”. Mirá, vienen los uruguayos y preguntan ¿por qué hay tantos grupos? Esto lo ves en la política; hay una oposición que son grupitos entre ellos porque no hay una oposición y están los oficialistas siempre al borde de quebrarse. Y es la crisis de nuestro país, cada uno se niega a tener un espíritu común a pesar de las diversidades. Es un poco así el argentino.

E: En este sentido, una actitud sincera de diálogo, más allá del tema disciplinar, contribuye a fomentar un espíritu común.

LG: Uno ve que no hemos salido de las tensiones. Y cada uno quiere ser el presidente. Ojalá logremos una madurez. Eso pasa también en las parroquias, en la universidad, siempre grupitos. Uno comprende que hay disensiones, nosotros armamos grupitos por tonterías o por cosas serias, pero no debería ser así.

7. Reflexiones ante la muerte

E: Cambiando de tema, usted habló muchas veces de la muerte. ¿Cómo la ve usted hoy?

LG: La veo desde mi fe, realmente como un cambio de modo de vida, no una pérdida simplemente; pero con el temor que da también la muerte. Una vez hablando con Pironio que ya estaba enfermo y sabía que iba a morir, me dijo: “Mirá, yo tengo fe, sé que después de la muerte si-

que la vida en otra forma, pero a pesar de eso cuesta morir, cuesta dejar esta vida porque también esta vida es hermosa”. Eso de Santa Teresa, *que muero porque no muero*, es típicamente de santos: saber que más allá de la muerte va a tener la gran felicidad y que ahora está ansiosa y se muere por no morir, eso es típico de santos. Yo no tengo esa certeza, pero sé que viene, que va a venir, le pido a Dios que me ayude a pasarla con la mayor paz posible, porque sé que el miedo puede sobrevenir. Hacia el año 2000, 2001 tuve un período muy crítico, porque me di cuenta que tenía que afrontar la muerte, y noté que psicológicamente me deterioraba. Pero lo conversé con un amigo, pude superarlo. Te digo el estado actual: el tema de la muerte a mí me tocó desde chico. Aunque yo no vi morir a mi familia, el primer muerto que vi –ya era cura, tenía 23 años– era un suicida. El tema de la muerte ya me resultaba un poco escandaloso. Tanto, que cuando volví de Europa después de mi doctorado, me puse a trabajar el tema de la muerte en distintas culturas. Después el apropiarme de algunos discursos me llevaba para otro lado, pero es un punto decisivo, el más crítico. El que no tiene a quién amar y el que tiene que morir, el que no se siente querido, la crisis de quien no siente amor alrededor suyo es muy dura; preferiría suicidarse, morirse: esto es muy fuerte. Creo que son los dos temas trágicos, entran en una tragedia, el amor y la muerte. Con esta especie de ilusión de inmortalizar el amor más allá de la muerte, que es típicamente ilusorio como tal a no ser que tengas fe. Yo creo que a mí me sostiene la fe, pero aún así la muerte es dolorosa, un paso que hay que dar. Hay quienes temen lo que viene más allá, hay quienes temen más bien el momento del morir y eso inquieta, como yo que soy un enfermo pulmonar crónico, pienso que mi muerte va a ser por falta de oxígeno, y eso me angustia, es un poco angustiante, es todo un dolor; se puede prever un poco pero puedo tener un trance duro, difícil. Pero más allá del episodio mismo del fallecer yo creo que lo que más justifica a Dios es la resurrección. Y por eso nuestro centro es Cristo, no solo ni ante todo por la cruz sino por la resurrección. A veces se pierde el equilibrio. Porque es un hecho tan contrario al profundo deseo del hombre, y nuestros deseos más profundos son los que constituyen nuestra dignidad humana. Mi dignidad es que no quiero morir, que tengo deseos de vivir y de encontrarme con Dios. Uno piensa que la muerte no te lleva a un mundo donde sos un alma en pena sino a un encuentro de miradas. Sto. Tomás dice que en el cielo se da el *convivere cum amici*, convivir con los amigos. Es una imagen que en el fondo es la experiencia de amor, convivir con los amigos es

una imagen del amor. Pero eso no quita que uno tenga su temor y cuando voy al médico y me dice que no estoy peor, vuelvo y digo: “menos mal, tengo un ratito más”. Es así: la fe en otra vida, y aún el deseo de otra vida, no quita el dolor de ser arrancado de esta vida. Es una paradoja.

8. Sobre la identidad de los argentinos

E: En el seminario estamos preparándonos para el Bicentenario de Mayo. Usted a pesar de no haber nacido acá es un porteño y un argentino más. ¿Cómo podríamos definir o describir una identidad argentina? También desde una visión cristiana, no solamente social.

LG: No me pregunté eso. Hay caracterizaciones típicas. El porteño tiene una caracterización típica que no es la del jujeño, el cordobés o el hombre del sur. Yo creo que el argentino, es algo “adolescente”. Con toda la riqueza del adolescente que espera la vida, que cree en la vida; pero también con la debilidad del adolescente que a veces es hipersensible, y que necesita cariño, y por eso es sensible a las relaciones. Con distintos matices: el correntino es muy de juntarse, el porteño es más desconfiado, pero si tuviera que decir una palabra, diría “adolescente”, tiene que madurar. No es un niño y tiene capacidades intelectuales y de emprendimiento importantes, pero tiene que crecer un poco, no sé. Es muy llano aún el porteño. Es hospitalario y amigable, incluso cuando el porteño pueda ser medio desdeñoso. Yo viví en ciudades de Europa, y el alemán es educado pero le cuesta hacerse amigo, el porteño es maleducado pero puede ser amigo. Creo que habría que trabajar mucho el lado de superar el individualismo, el grupismo y hacer de la Argentina una unidad, fomentar la unidad de la Nación. Eso era lo que decía el viejo Martín Fierro: “sean unidos porque esa es la ley primera”. Eso es lo que repite Perón, él tenía una visión continentalista –a pesar de los macaneos que pudo haber tenido– tenía una visión continentalista muy seria, y eso decía: “que el año 2000 nos encuentre unidos”, y el año 2000 nos encuentra en una situación distinta. Y tenemos la herencia de heridas. Los militares están heridos, los del otro lado están heridos. ¿Cómo podremos componer o volver a crear una confianza? Todavía nos juega un poco en la conciencia esa cosa de montoneros versus militares. Todavía nos dura. Ya pasaron treinta años, uno diría “a ver, como recomponemos esto, como crear una confianza”. Justicia está bien, hay que pasar por la justicia; pero cómo

mo volver a recrear la confianza entre los sectores del país, porque si no, como sigamos peleándonos, no salimos. Ha habido cosas difíciles para resolver en la Argentina. Ha habido opciones unilaterales de un lado y de otro y eso más bien ha empeorado. Caer sólo sobre unos me parece injusto, que sea todo sobre ellos no es ejercer una justicia ecuánime. Pero eso hay que superarlo, no podemos todavía vivir sobre la herida porque si no, no va adelante la cosa. Hay que eliminar este espíritu de venganza y crear confianza; entonces hay que ver de afianzar una manera de convivir en donde pueda vivir con un presidente que me gusta y con otro que no me gusta. Y saber esperar unos años hasta las elecciones.

E: Claro, afianzar la institucionalidad es salir de la adolescencia. Hay que ir hacia ese momento de la madurez, y las actuales situaciones de desborde generan regresión anárquica, ideologizada, llega hasta las instancias más personales, más íntimas.

LG: Y vos ves lo que pasa ahora en los colegios, los chicos que se pelean con las autoridades. Es algo tan inimaginable, yo nunca lo hubiera imaginado. Se ve que hay un fondo de irritación, de enojo, que se expresa de esta manera. Además la inseguridad es muy fuerte, está minando mucho la confianza. Hay factores que destruyen la confianza. Hay que crecer, ser más maduro, ir a una madurez. Salir de la adolescencia e ir a una madurez que nos permita convivir con justicia y con paz, que nos permita tolerar las diferencias.

E: Ayer en *La Nación* salió un reportaje a Zygmunt Bauman. El periodista le pregunta por la importancia de la convivencia pacífica y Bauman responde “no es importante, es de vida o muerte. El mundo o va a una convivencia pacífica o se destruye”. Así termina la entrevista. El tema era la exclusión, tema de su último libro. Esa experiencia de participación hay que hacerla en los pequeños espacios, en las familias, los colegios, las agrupaciones. Aprender a respetarnos. Pero todos quieren ser gallos del gallinero.

LG: Sí, hay una tendencia individualista. A la vez, el argentino por lo general es un hombre receptivo y, en sí, más bien pacífico.

E: Sí, aunque eso se ha ido modificando. Hoy hay mucha violencia, salís a la calle y es una selva. No sabés si te van a robar. Es complejo.

LG: Es un poco como en Bogotá, Colombia, México. Pero debemos ir a una madurez, crear capacidad de agrupación, de relación. A veces me da la impresión del adolescente solitario; es un poco la tradición porteña del tango y del inmigrante, “el hombre que está solo y espera”, el incom-

prendido o frustrado. A la vez la gente es capaz de amistad, de alegría. Yo diría esto: dar un paso más hacia una madurez no sólo individual sino colectiva. Buenos Aires es la ciudad que tiene más psicólogos. ¿Somos los más depresivos del mundo? ¿Qué pasa? Habría que investigar eso. Todos toman antidepresivos, ¡hasta las monjas! Y los chicos fuman paco o lo que fuera. Habría que estudiarlo quizás con gente de distintas disciplinas, sociología, literatura. Ya sería un avance que nos juntáramos gente de distintas disciplinas.

9. La necesidad del método

E: Es todo un ejercicio reunirse. Nosotros llevamos diez años y a veces sentimos que aún no hemos empezado. Porque es difícil mantener la tensión entre ambas disciplinas sin que una absorba a la otra. En nuestro caso la literatura absorbió a la teología por el temor a la instrumentalización, por cierta bajada de línea de la teología y también por la atracción que la literatura ejerce. Este tema surgió en el último encuentro de la Sociedad Argentina de Teología en julio de este año. En un Seminario sobre interdisciplinariedad fue Virginia Azcuy quien observó de modo muy interesante que la teología no debía perder su identidad en el diálogo porque la teología es la que ha dado el primer paso en el diálogo con la cultura. Es la teología la que dice *yo quiero dialogar con la literatura o con las ciencias*. La ciencia no dio el primer paso, entonces, de alguna manera la teología por hacerse al otro puede perder su propio perfil. Hay que estar en una atención permanente para mantener las identidades de los polos.

LG: Sí, ése puede ser un problema del grupo de ustedes. El Vaticano II nos dice a los teólogos más bien *escuchen a la ciencia*; pero en un grupo donde no se mantiene la identidad de cada polo no hay diálogo; viene un científico y enseña a los teólogos algo de su disciplina. Yo les diría que busquen algunos textos claves de teología que puedan leer. Cuando el Concilio Vaticano II quiso decir algo al mundo de hoy, hizo una antropología coronando con una cristología. Algún texto de Ricoeur o sobre el sentido del hombre.

E: Podría ser Gesché.

LG: Alguno de esos que planteen el tema de la teología no desde Dios, sino desde el hombre que interroga. Preguntas básicas y deseos básicos. Deseos profundos del hombre. Podría ser De Lubac, y desde las

preguntas básicas, que les escapamos porque nos angustian. Igual nos angustiamos. Lo hacemos peor, porque está oculta. Pero buscar unos textos que ayuden. Cardedal. No recuerdo ahora, leí hace mucho y no tengo presente: *Raíz de la esperanza*. Alguno de Ricoeur. Lo voy a buscar.

E: ¿El del perdón? Es uno de los últimos libros de él.

LG: Algún textito que no sea largo de san Agustín. “Tarde te amé...”. En la búsqueda, Agustín. Algunos clásicos. Agustín va mucho por el lado del deseo. El tema de la inquietud, el no reposo. Esta vida no acaba de reposar. Y la muerte al final es un interrogante. ¿Es el reposo de la nada o es un reposo en algo que uno encuentra nuevo? No entrar en la teología por tema. Es difícil. Entrar por búsquedas. Más bien por ahí. Si me salen textos los anoto y les digo.

E: ¡Vamos a volver! Hay mucho por hacer. Ellos tampoco tienen mucho método. Van buscando. Por ahí aparece un método, toman de Kuschel, pero se hace difícil de transportar a América. O es muy rígido. Es eso y no permite otra incorporación. Al confrontar con otros nos damos cuenta de que todos estamos buscando. Sobre todo en la línea del texto de lenguajes poco significativos que dice Aparecida, en la iglesia y en las universidades. Poder ofrecer en esa línea, una renovación del lenguaje. La dificultad más grande está en el diálogo mismo, creo. ¿Cuáles son los supuestos del diálogo? Vos escuchás pero después hay que elaborar esa escucha. Ahí es donde veo que estamos trabados. Nos dimos cuenta del problema, pero no sabemos cómo salir. Hay intentos de salida, pero no llegamos a postular algo propio madurado por nosotros. Quizás no es el momento. Hay que seguir caminando, hasta que el método, aunque deseamos encontrarlo como fruto. Sobre todo ahora que el decano de Teología, Víctor Fernández, tuvo la idea de abrir los seminarios de investigación a profesores del interior del país. Eso genera una responsabilidad mayor. No somos solamente nosotros, sino que se incorporan las culturas regionales, la de los “otros”. Interponer un diálogo con los estilos regionales, no sólo con Buenos Aires.

LG: ¿Y qué es un estilo?

E: Eso lo definiste vos.

LG: Yo lo tome de Víctor Hugo, el fondo del hombre surgido a la superficie.

E: Es la huella también, porque el estilo viene de la huella.

LG: Uno habla de estilos de la cultura, de estilo de vida, los argen-

tinios tenemos un estilo, el *dandy* tiene un estilo. El madrileño tiene un estilo –vive de noche, no sé–. Me pregunto y no sé responderlo. Se podría ver. ¿Serviría comparar qué es un estilo literario y un estilo teológico? Me acuerdo que una vez pasó por mis manos un artículo de un español que no pude leer... Pablo d’Ors. A lo mejor quisiera ver si por el lado del estilo se abre un espacio de diálogo, porque la literatura es un estilo o tiene estilos distintos. A lo mejor tienen bases comunes. Y la teología tiene estilos, evidentemente. Uno hace teología de manera no igual. Hay estilos que reflejan la personalidad. Vos leíste teología alemana, y hay un estilo alemán. Lees al español y ves que es otro estilo, aunque digan lo mismo. Por ejemplo, aunque tome nota de los alemanes, Olegario González de Cardedal tiene un estilo español. Voy a pensarlo. Si lo anudo con la definición que da Víctor Hugo es interesante, porque entonces la teología y la literatura son formas de expresión que salen del fondo del hombre. Y cada fondo es distinto. Por eso preguntaba antes qué interés puede tener para una antropología, una teología. El diálogo hay que empezarlo desde una antropología teológica, no del Dios de arriba para abajo.

E: En Río se nos identificaba con Balthasar, una teología descendente. Creo que al dialogar se puso en evidencia que era una simplificación que había que superar. Nuestro estilo de diálogo nació de una teología, la balthasariana. Esto marca nuestro estilo, aunque no absolutamente. Las propuestas de Chile y Brasil partían más bien de una antropología. En el fondo, la propuesta es que toda teología tiene una impronta estético teológica. La teología grande es la que funda un nuevo camino. Entonces ese fundador ha sido atravesado por la experiencia de un encuentro con la figura que lo ha derribado. El tema del estilo... es un camino muy promisorio que permitiría al Seminario proyectar el pensamiento de Balthasar hacia nuevas orillas.

CECILIA INÉS AVENATTI DE PALUMBO

PEDRO BAYÁ CASAL

JUAN QUELAS

06.11.08 / 20.05.09